

El amor ese sentimiento maravilloso.

Edad media

María Luisa Bueno Domínguez*

A Don Eloy con todo mi afecto

«El amor es el único de todos los movimientos, afectos y sentimientos del alma por el que la criatura puede tratar con su creador, sino de igual a igual, por lo menos ofreciéndole algo parecido a lo que él da... Cuando Dios ama, solo quiere ser amado. Él ama para que lo amen, puesto que sabe que Él hará feliz a todos los que le amen»¹.

No debemos olvidar que el amor, de una forma general, es un sentimiento universal, un sentimiento de siempre, que implica a las personas que lo sienten en la felicidad, en la desdicha, en la alegría y en la tristeza, se mantiene incluso en la lejanía, se podría decir que crece, aumenta en la distancia. A veces se afirmará que todos en algún momento de su vida han sentido el amor, es posible. Una cosa es esta y otra muy diferente hacerlo realidad. Todo ser humano necesita ser amado y amar, y es aquí donde cobra sentido el pensamiento de San Bernardo citado más arriba, porque el amor implica promesas, sentimientos y pruebas, en cierto sentido, se está sometido a ese amor que debe dar todo al otro.

El amor en la Edad Media, implica no siempre a dos personas de diferente sexo, sino del mismo², si bien es cierto que lo frecuente, lo más significativo es el amor entre

* Universidad Autónoma de Madrid. Email: bueno.dominguez@uam.es.

1 San Bernardo, S. XII. «*Tratado de amor a Dios*». Este tratado fue dedicado a Almerico cardenal-diácono y canciller de la Iglesia de Roma, San Bernardo desde una óptica espiritual define muy profundamente el amor, y en él parece que se dirige más que al cardenal citado a todos los monjes que buscan a Dios. Véase Régine PERNOUD, «*Eloísa y Abelardo*», p. 190. M.1.973.

2 Jhon BOSWELL, «*Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*», B, 1997. En este ensayo el autor demuestra que hasta el siglo XII, en el Occidente cristiano se juzgaba el amor entre personas del mismo sexo y la lujuria con total ecuanimidad.

el hombre y la mujer. En una relación amorosa cada uno, de los que así siente, considera al otro y a sí mismo lo más importante del mundo en el que vive.

¿Es posible esto en la Edad Media, esa época tan cruel, tan carente de sentimientos?³ Con toda seguridad se pensará que, en la época medieval esa implicación en el amor, era algo inexistente y, sin embargo teóricamente, las personas se aman, dirigen su amor hacia una persona concreta, donde la vista, es decir el mirarse, el rozarse con la mirada y sentirse, sólo esto, compone un ritual de suma importancia que comprime y resume lo más entrañable del amor. He señalado teóricamente, pero no es menos cierto que este sentimiento de amor, de mirarse y de sentirse se dieron en muchos casos, no sólo fuera del matrimonio sino en algunas instituciones conventuales entre «posibles beguinas» y frailes⁴.

Este aspecto de satisfacerse carnalmente es algo que parece no haber tenido cabida en la Edad Media, donde todo tipo de placer está negado. No es sólo un placer negado, sino que en los textos literarios el amor se entiende como una enfermedad, en algunos casos grave, y como tal peligrosa para las personas. Una enfermedad muy especial, que da fuerzas a las personas que lo sienten.

Las personas que se ven embargadas por un sentimiento tan bello, que no enfermedad, adquieren fuerzas y llega a ser este sentimiento no sólo tema único, sino pensamiento casi obsesivo, donde la fantasía y la realidad se confunden. Porque la fantasía hace poner muchas veces más de lo que en realidad se recibe. Dos personas que se enfrentan con la enfermedad del amor. Así se expresaban.

«Amor si bien lo entiendo, es una enfermedad del pensamiento que nace entre dos personas, libres ambas y de distinto sexo. Se origina en las gentes por un ardor que proviene de la mirada apasionada y que les impulsa a abrazarse, y satisfacerse carnalmente»⁵.

Peligroso es estar enfermo de amor, porque se escapa de lo establecido, de lo que se realiza en la realidad, por eso lo deseable será evitarlo si no se quiere sufrir esta enajenación. Podemos observar los síntomas que lo asemejan con una enfermedad.

El primer síntoma sería lo incontrolable de su aparición, porque surge sin pensarlo sin tenerlo presente y como todas las enfermedades se desarrolla y, si es muy grave,

3 Véase mi última publicación *«Belleza y crueldad en la Edad Media»*, donde trato de demostrar que no sólo hubo hechos violentos en esa época sino hechos maravillosos, acciones y actuaciones que han llegado hasta nuestros días.

4 Véase mi libro *«Dejando hablar a la edad Media entre lo real e imaginario Zamora»*, Zamora, 2ª edición, capítulo V, en él podemos ver las relaciones amorosas, que se dieron en el monasterio de las Dueñas de Zamora en el siglo XIII, entre dominicas y dominicos.

5 J. GUILLAUME DE LORRIS JEEAN DE MEUN, *«El libro de la rosa»*, p. 81 (v.v 4.329-4.345), M. 1986.

acaba muriendo. Pero lo más significativo es que el amor se rige por una ley natural que imponen dos personas y esto hace que esté sujeto a los quebrantamientos y rupturas. Por tanto si podemos decir que el amor puede ser caprichoso y probablemente lo es. Si aceptamos que estamos ante una enfermedad muy especial, como se decía en la Edad Media. En segundo lugar sus síntomas se van agravando, porque éste ataca con pasión, va trastornando a las personas y finalmente, y en tercer lugar, se retira, lo que equivale a decir que muere. Pero aquellos que lo sienten, que aman con pasión, podrán decir que el amor hace de las personas amadas, personas insustituibles, que se reconocen y a la vez se evitan, como si no fueran necesarios, cuando en realidad lo que prima en cada uno de ellos, es la certeza sentida de que lo que sienten es para aquél o aquella y no otro/a

El amor, ese sentimiento que implica contemplación, fantasía, que es lo que produce esa enfermedad de la mente, es por encima de todo un gran prodigio que engrandece el corazón de aquél que lo vive o más, diría yo, que está en condiciones de dejarse llevar por él. La dicha, el dolor y la tristeza van unidos a la naturaleza del amor. Las personas se sienten vivas, qué diferencia vivir estos sentimientos, aunque comporten un dolor, que sufrir la unión pactada, donde hombres y mujeres son fichas en los intereses políticos.

Así partiendo de un hecho, y es que definiciones no caben a la hora de hablar del amor, sí en cambio se pueden esbozar algunas características que parecen haber preocupado a las gentes que vivieron en la Edad Media.

La implicación amorosa de alguna manera produce la sensación de que se está alimentado espiritualmente. El amor hace estar reconfortados, alegres, leales, y muy alejados de la avaricia y del egoísmo, porque el amor suele proporcionar, a los que lo sienten, una gran dosis de desprendimiento. Todo esto reporta unos beneficios que son importantes. Se crea en primer lugar, un estado especial, único e indescifrable dentro del individuo que quiere, no sólo mantenerlo, sino guardarlo dentro de él, esto no significa que no se pase por la insatisfacción y la plenitud al mismo tiempo. Insatisfacción por lo que se desea y no se alcanza y plenitud por la fuerza que da, simplemente, el hecho de sentirse en ese estado. Emociones ambivalentes, eso crea el amor, como escribía Cercamón en el siglo XII.

«De nada tengo más ganas que de un objeto que se me escapa»⁶.

Ambivalencia que procede, cómo muy bien puede observarse, de la ansiedad por tener cerca a la persona amada y porque sentir amor es «derretir el hielo del corazón» y proyectarlo a todo lo que rodea al ser humano. Maravilloso sentirse golpeado, al-

⁶ Cercamón, trovador de Gasuña, escribe este poema entre 1133-1145. Autor de un extraordinario planto a la muerte de Guillermo X de Aquitania, hijo del trovador Guillermo de Poitiers, muerte que aconteció en 1137.

guna vez, por la mirada, por el gesto, y percibir que la emoción se ha impuesto en el alma. Es decir algo nuevo se ha producido en la vida.

Las amantes deben ser situadas en los conceptos de amor que se vierten en la Edad Media. Amantes personas para ser amadas y amar. Esto no debe sorprendernos ya que en el matrimonio, generalmente llevado a cabo por cuestiones políticas o económicas, no se va a caracterizar, salvo en casos muy concretos, por el amor. El amor, cuando se produce es en las relaciones ajenas a la institución matrimonial. Frecuentes son los casos en que la relación hombre y mujer en la unión, se produce entre personas que no se conocen, a las que no se consulta, y donde evidentemente no hay nada más que un objetivo: para los hombres cumplir su razón de estado en sus mujeres, es decir embarazarlas caso de Alfonso XI de Castilla y María de Portugal, de cuya relación nace Pedro I, nada más. ¿Para quién fue el amor, el cuerpo amado y deseado? Para Leonor de Guzmán, el amor con todo lo que implica, el placer entre dos personas. Las mujeres en el matrimonio soportan los embarazos pero especialmente a sus «impresentables» maridos en muchos casos. Tal es el caso de Leonor de Aquitania, en su segundo matrimonio con Enrique de Anjou, (Enrique II Plantagenet de Inglaterra). En principio parece ser que ella sintió amor por Enrique II y él le profesó también un gran amor a ella y a su riqueza detalles de amor, posiblemente ninguno. La pasión, el amor para Rosamunda Clifford, Leonor sin embargo cada doce meses quedaba embarazada, dio al rey diez hijos⁷.

Luis X de Francia, había nacido en octubre de 1289, y moriría en Junio de 1316, llamado, Luis el turbulento. Antes de ser rey de Francia, por el fallecimiento de su padre Felipe IV el hermoso, fue rey de Navarra como Luis I desde 1304 y de Francia desde 1314. Llamado el turbulento por sus ataques de furia, por su terquedad, hombre de poco atractivo, más bien parece que de ninguno, infantil condenado a casarse por el bien del reino con Margarita de Borgoña. Toda la historia se hizo eco de los amores que vivió la futura reina con Felipe de Aunay. Margarita fue casada en 1305, quizá tenía diez años o un año más, cuando cometió adulterio tenía dieciocho años. No se hace una valoración del adulterio sino del deseo de amar, de ser amada, Margarita casada desde muy temprana edad con un hombre al que no amaba, se refugió en los brazos de aquél que le hacía sentirse mujer y no como una ficha importante en un juego. Ella no había recibido, al parecer, ningún tipo de afecto y de cariño por parte de Luis, él había cumplido su deber de estado a medias porque la embarazó de una niña, Juana que ni siquiera fue aceptada como hija legítima. La pregunta que cabe hacerse es ¿Si las relaciones no hubieran estado basadas en los intereses de la política, ni de la economía el resultado hubiera sido el mismo? Es decir ¿Blanca habría caído en brazos de otro hombre? Respuesta arriesgada, pero si los brazos del hombre que te acogen te aman la mujer ama. Margarita no fue una mujer ligera, sino la mujer que necesitó sentirse amada.

7 J. FLORI, *Leonor de Aquitania, la reina rebelde*, B 2205.

En poco tiempo, esta mujer sintió el amor, el placer, y sin embargo de su matrimonio pactado, aprobado, realizado bajo formas que nada tienen que ver con el amor, dónde se condenaba a permanecer juntos a dos desconocidos, acarreó unos terribles sufrimientos para los que se atrevieron a vivir de esta forma su placer. Felipe de Aunay y Margarita de Borgoña.

El amor es el sentimiento más noble, es la entrega mutua de dos personas. El propio San Bernardo desde un punto de vista místico, diría:

«En todas partes, en el Cantar de los cantares, habla el amor; si se quiere comprender lo que se lee en él, hay que amar. Sería inútil leer o escuchar el canto del amor si no se ama; un corazón frío no puede comprender una palabra ardiente»⁸.

El amor pasión es el más fuerte, y quizá el que pervive y deja huella como fue el caso de Eloísa⁹.

«...ella me hacía presente nuevamente... que el título de amante mas honrado para mí ella lo apreciaría mucho más que el de esposa, que quería conservarme mediante el encanto de la ternura y no encadenarme con los lazos del matrimonio»¹⁰.

Discípula de Abelardo. Uno se imagina esas escenas íntimas vividas en la casa del tío de Eloísa a donde Abelardo acudía a darle clase. Hombre y mujer en una sala, Abelardo enseñando y Eloísa aprendiendo. El maestro, prendado no sólo por la juventud y belleza de la alumna sino por su sabiduría, empieza a sentir una cierta incomodidad, primer síntoma de la pasión que va a vivir.

Comenzaría Abelardo su conquista lentamente: primero las cartas bien escritas y bien pensadas para allanar el camino. ¿No es un gran compositor de poemas y música? los mejores para ella, y que se difundan, que todo el mundo pueda escuchar las maravillas que dedica a la mujer que desea con pasión. Pero en esas clases llegará el momento en que sus manos exploren el cuerpo amado de la mujer, deslizando sus manos entre las ropas de ella, lo conocerá con el tacto, con la misma respuesta por parte de Eloísa.

«Con frecuencia, mis manos estaban más ocupadas en sus senos que en el libro, y, en lugar de leer textos científicos, leíamos en nuestros ojos mirándonos apasionadamente el uno al otro».

8 Extraído del «Tratado de amor a Dios» citado por Régine PERNOUD en *Eloísa...*, ob. cit., p. 190.

9 He tenido como texto fundamental Riera-ZHUMTHOR, «*Cartas de Abelardo y Heloísa*» B, 1982.

10 PERNOUD, Régine, *Abelardo y Eloísa*, Madrid, 1972, p. 72.

De este conocimiento del cuerpo a través de las manos por entre las ropas de Eloísa, los cuerpos querrán quemarse en la pasión más ardiente. Cuando Abelardo dejaba la casa de Eloísa, en su intimidad era capaz de pensar en los cambios que se estaban produciendo en su vida. Su cuerpo, que había estado dominado y sirviendo a la continencia, se escapaba por completo de esa forma de estar, percibía que en la medida que ha ido progresando en esa pasión, el freno de la continencia se iba suavizando hasta desaparecer. Al tiempo siente que el objetivo de su vida, que estaba basado en el estudio y en los conocimientos, carece de importancia, porque todo su pensamiento está puesto en esa mujer a la que ama con pasión física:

«Empezaba yo que había vivido siempre en la mayor continencia, a soltar la brida de mis pasiones. Y cuánto más avanzaba en el camino de la filosofía y de la teología más me alejaba, por la impureza de mi vida de los filósofos y de los santos».

Eloísa, con su cuerpo a disposición de Abelardo, y el de éste para su disfrute. En ningún momento quizá se planteara la forma en que se estaba escapando de las duras normas que se imponían a la mujer y a todos, en general, sobre este aspecto. Pasiones vividas y grabadas, al menos en el cuerpo de ella como voy a demostrar.

Siendo ya monja en el Paracletto, jamás pudo olvidar los momentos vividos con el que fue el ser más importante para ella. Es más, la reclusión en este lugar le hace recordar con una pasión excesiva lo vivido. No dejan de estar en contacto ambos a través de las cartas que se escriben. Pero donde el amor pasión se manifiesta es, sin lugar a dudas, en las de ella. Ella es la gran arrancada del siglo, de la vida, del amor. La castración de Abelardo le arrebató todo de un golpe. En sus cartas se refleja desde el amor generoso a la pasión más extraordinaria. Recluida en ese monasterio, sabe que su entrada ha sido el último homenaje de amor hacia él, por eso puede decir:

«Dios es testigo, nunca he buscado en ti más que a ti mismo. Eras tú únicamente lo que yo deseaba, no lo que te pertenecía o lo que representabas».

Se plantea y quiere saber si acaso el amor de «su» Abelardo sólo ha tenido un aspecto: la voluptuosidad. ¿Existieron el afecto y la ternura? Ciertas dudas sí que tiene, sobre todo, desde el momento en que se le castró y él se negó a seguir con ella. Cómo le duele esta situación a Eloísa! Le duele por ella misma y le duele porque sabe que en los ambientes del momento, en aquellos que ellos solían frecuentar, la opinión general es que Abelardo ha vivido con ella sólo la pasión que emanaba de una parte del cuerpo ahora mutilado. Echa de menos la ternura, el afecto. Cuánto mejor que hubieran seguido juntos para demostrar al mundo la grandeza de sus sentimientos! Pasión, concupiscen-

cia, existieron en grado máximo, pero su obediencia a encerrarse en ese monasterio para acatar, obedecer a Abelardo, demuestra la intensidad de su sentimiento.

¿Hubo momentos en su vida, los que vivía con Abelardo, en los que se planteaba el grado de «pecado» que estaba cometiendo? La sociedad en la que estaba presente la opinión de la iglesia, dirigida especialmente a los más significativos grupos sociales con el afán de mejorar las costumbres y dignificar la familia, parecía tener establecido una relación aséptica donde lo único que debía primar sería la procreación, jamás el placer. No parece errado afirmar que si pudo darse alguna vacilación o algún temor por los hechos realizados, la pasión pudo más. Pero lo que realmente me interesa destacar son dos hechos que se reflejan de su estancia en el monasterio. Por un lado, en ese encierro, dado el sufrimiento que vive porque está alejada de la persona con la que querría vivir, por primera vez está segura, cree y lo vive que lo que le está ocurriendo, es la justa pena que debe pagar por haber vivido en pecado en otros momentos. Es decir, entra de lleno en el pensamiento medieval dominante *«mi dolor es la justa consecuencia de mis faltas pasadas»*.

El segundo aspecto es que nunca el amor pasión se ha desarrollado tanto como en un momento donde se toma conciencia de la imposibilidad de vivir lo que se perdió y se sabe que nunca más se tendrá lo que se tuvo. Esto colma de desesperación y acrecienta los deseos. Encerrada entre las cuatro paredes del monasterio, Eloísa representa el más genuino ejemplo del amor pasión. Repasa sus culpas y no se arrepiente de nada, sino que cuando está dominada por la fuerte pasión se da cuenta de que lo único que le acongoja, lo único que le parece irresistible es no poder volver a vivir lo que vivió:

«Lejos de gemir por las faltas que cometí, pienso, suspirando, en aquellas que ya no puedo cometer».

Esto lo va pensando a la vez que su cabeza se va llenando de los recuerdos. En ellos se complace, y a veces, la plenitud del pensamiento es tan fuerte que sin darse cuenta siente en su cuerpo como si Abelardo estuviera con ella en gestos, imágenes que con violencia le asaltan en los momentos menos apropiados como, por ejemplo, en la misa.

«Aún durante las solemnidades de la misa, cuando la plegaria debería ser más pura que nunca, imágenes obscenas asaltan mi pobre alma y la ocupan más que el oficio».

¿Sólo en la misa? No, durante el sueño, en la soledad de su lecho, reviviendo las horas, los lugares, las escenas y los sentimientos, no puede conciliar el sueño, no encuentra reposo.

«A veces, los movimientos de mi cuerpo traicionan los pensamientos de mi alma, palabras reveladoras escapan de mi cuerpo».

¿Qué recordaba Eloísa con tanta vehemencia que su cuerpo lo reflejaba? Quizá en la soledad de su habitación a solas consigo misma recordaba:

«Después de nuestro matrimonio, lo sabéis, y durante vuestro retiro en Argenteuil en el convento de religiosas, vine secretamente a visitaros, y recordaréis a qué excesos me llevó la pasión con vos en un rincón del refectorio, a falta de otro lugar para poder retirarnos; sabéis digo, que nuestra impudicia no la detuvo el respeto a un lugar consagrado a la Virgen».

No es difícil imaginar a una persona, en este caso una mujer, que habiendo vivido una experiencia tan rica de pasión y amor, viviendo, rememorando e inquietándose en la soledad de su vida por lo perdido, pudiera de nuevo sentir algo de lo que dejó atrás. El amor pasión, ejemplo maravilloso del amor porque en estos pensamientos de Eloísa, están presentes todos los aspectos que he señalado. Reconocimiento de que su amor nada tiene que ver con el matrimonio, manifestación de su pasión que incita a dos personas a encontrarse, a estar juntos, a desearse. La pasión no tiene leyes porque al nacer de un sentimiento espontáneo y libre nadie gobierna esa «nave» del amor.

Este amor con un alto contenido de pasión crece y en ella no disminuye, no envejece, simplemente, en la distancia se hace más fuerte. En este caso concreto ver, sentir y desear va unido a un deseo de sentir, de no olvidar. En virtud de este amor, Eloísa no pudo sentirse aislada porque a través del amor su actividad se centra en decir, sentir, expresar, lo que sintió y siente y esta hace de ella una mujer viva. No puede olvidar las emociones, ni las miradas, ni los gestos. Su fuego pasional crea en ella un ámbito de sensualidad, que le permite recordar la mirada de Abelardo y el recorrido por el cuerpo del otro, recreándose en la observación.

Ella sintió la profunda atracción que es como una luz que resplandece, ciega, porque la pasión no tiene ojos, pero sobre todo no tiene miedo. Ella se sitúa por su amor en un mundo superior, el suyo propio donde recuerda, sueña y ama en la distancia. Se agita y realiza sus escritos bajo «su razón» y sin cobardía, su lenguaje es expresivo, impulsivo, desafiante, y da la sensación que le gusta quemarse en los «ardores de la carne» recordar la voluptuosidades. En definitiva a través del amor se escapa de lo establecido y lega para el futuro una personalidad fuerte encendida por la pasión, por el amor en definitiva.

A la intensidad de amor corresponde una intensidad del dolor. Dolor causa amar a la persona que está lejana, amar lo imposible, amar en distintos lenguajes que impone la renuncia, caso de Eloísa. En lo perdido, en la rememoración de lo vivido, Eloísa

acrecienta en ella el deseo de volver a vivirlo. Pero sobre todo magnifica el recuerdo de lo pasado. Hasta tal punto rememora sus sensaciones físicas que leyendo sus manifestaciones con calma se tiene la sensación de que ella, al recordarlo, las vivía de nuevo, con toda intensidad no sólo en su mente sino en su cuerpo. Su dolor es el que le produce un amor que sintió y que acabó contra su voluntad, sufre recordando lo perdido. En aras de unos preceptos y de una crueldad sin límites los hombres condenaron a Abelardo a ser castrado y a Eloísa a refugiarse en un monasterio obedeciendo las órdenes de su amado.

Qué reconfortada se hubiera sentido Eloísa si hubiera conocido el pensamiento de Abelardo! Cómo le hubiera amado más, si hubiera podido leer:

«No hay derecho a declarar pecado ningún placer natural de la carne ni se puede calificar como culpa que alguien se deleite mediante el placer cuando uno tiene que experimentarlo necesariamente».

El ser humano no debe nunca dejar de sentir, y especialmente manifestar el amor. Los sentimientos no deben avergonzar, manifestarlos es dar felicidad mientras se vive, amar luego es tarde. La felicidad no tiene demora y en 1270 se escribía.

«...Ningún hombre tiene poder —a larga— de vencer y burlar a la Naturaleza, o de alterar lo que se ha heredado. Yo sé muy bien que muchos se comportan de forma adecuada gracias a la Educación y en contra de su naturaleza, sea porque alguien los fuerza a ello o porque no se atreven a comportarse de otro modo. Y quien se comporta bien por necesidad o por miedo, o por algo peor; finge lo que no le es natural; está gobernado por el miedo. ¿No creéis que su auténtico corazón no se dejará ver?»¹¹.

11 Heldris de CORNUALLES, «El libro de Silence», M. 1986, p. 49 (2203-2295).